

La caza del mamut / DÃ¡jn Lee

Vibra mi telÃ©fono. Maniobro entre los apretujones del metro para sacarlo de mi bolsillo. Es mi primo MatÃ¡-as. Ha de necesitar algo. Rara vez me llama. Cuando quiere saludar o convivir camina con todo y su chamaquita las dos cuadras que lo separan de mi casa, no se anda con tecnologÃ¡-as. Â¿QuÃ© onda, primate?, contesto. La seÃ±al es terrible en el tÃºnel. Alcanzo a distinguir algo asÃ¡- como Â«AyÃ¡dame a matarlaÂ». Â¿QuÃ© dices?, grito al telÃ©fono, se pierde la comunicaciÃ³n.

Â Â Â Â Â Marco varias veces el nÃºmero de MatÃ¡-as, pero no entra o se corta de inmediato; escucho Â«ya la tengo aquÃ¡-Â» suena agitado. Estoy a dos estaciones de nuestra colonia, pero me salgo del metro. Igual y agarro un taxi, quiÃ©n sabe quÃ© chingados se trae este gÃ¼ey. Subo las escaleras a la carrera; me ajusto la mochila para que no brinque tanto. En cuanto tengo buena seÃ±al le marco de nuevo y sigo corriendo. Por fin podemos hablar.

Â Â Â Â Â Se le metiÃ³ una rata a la vivienda y quiere que le ayude a matarla; ya la acorralÃ³ en la recÃ¡mara y necesita que alguien le cierre el paso al bicho para que no se fugue mientras Â© la persigue. Era eso. Pinches animales culeros, por supuesto, pero no es para que el primo hable todo loco como si lo persiguiera un gÃ¼ey con una motosierra. Le digo a MatÃ¡-as que me aguante. ApÃ³rate, dice, hay que darle cuello antes de que regrese Susana con la niÃ±a. SÃ¡-, gÃ¼ey, orita te caigo. Camino para allÃ¡;

Â Â Â Â Â Es un gusto ayudarlo. Antes Â© era el que hacÃ¡a los paros, siempre echando la mano cuando necesitÃ¡bamos pintar o mover muebles. Desde que se juntÃ³ con la Susana cada vez lo vemos menos. El cel vibra de nuevo. Es MatÃ¡-as otra vez. Que si ya estoy cerca. Suena agitado. Lo calmo: Tranquilo; nomÃ¡s es una rata; antes cazÃ¡bamos mamuts, rÃ¡-o. No es por eso, responde; se metiÃ³ a la cajonera de la niÃ±a... pinches animales, tienen enfermedades... le va a hacer mal... Ya estoy a media cuadra, gÃ¼ey, afila las lanzas, bromeo, pero no se rÃ¡-e.

Â Â Â Â Â El portÃ³n de la vecindad donde vive siempre estÃ¡ abierto. Atravieso el patio; saludo a un par de sus vecinas que platican sentadas en un escalÃ³n. Si quisiera enterarme de la vida y obra de mi primo no tendrÃ¡a mÃ¡s que preguntarles la hora.

Â Â Â Â Â La puerta de MatÃ¡-as estÃ¡ maciza y tiene su botaaguas. QuiÃ©n sabe por dÃ³nde se habrÃ¡ metido la rata, igual p una coladera, esos animales son del demonio. Toco con la palma y la puerta se mueve hacia adentro. Â© grita desde el fondo: Â¡EstÃ¡ abierto! Ya vi, gÃ¼ey, grito tambiÃ©n y entro.

Â Â Â Â Â Paso junto a su estufita y esquivo una mesa, por poco dejo allÃ¡- mi mochila, pero el mantel se ve pegostioso y huele como a fruta vieja. Pongo la mochila en un sillÃ³n de la sala-comedor, entre unas almohadas y una cobija. El cabrÃ³n de MatÃ¡-as tiene lleno de ropa aventada. Piso un calcetÃ¡n, pateo una camiseta. Una cortina de colores separa esta estancia de la recÃ¡mara. Por debajo veo los mocasines y las perneras de los pantalones de oficinista que mi primo gasta entre semana. Mueve los pies. EstÃ¡ nervioso. Me dice que agarre un palo junto a las sillas. Veo y sÃ¡-, hay un cadÃ¡ver de escoba ahÃ¡-. A las pinches ratas hay que mantenerlas lejos. Si toca una valiente o que tenga nido, ataca, se trepa en la ropa. QuÃ© mal que yo traigo manga corta; si se pone pendejo el animal... hasta escalofrÃ¡-os me dieron. Cojo el arma mortÃ¡fera y cruzo la cortina. Ora sÃ¡-, gÃ¼ey; Â¿dÃ³nde estÃ¡ la fiera?

Â Â Â Â Â MatÃ¡-as me ve de reajo. Me saluda moviendo una ceja. A veces le digo Â«primateÂ», el apodo le queda a la perfecciÃ³n asÃ¡- como estÃ¡: espalda encorvada, enarbolando su propio palo de escoba como si fuera una lanza primitiva, atentos los ojos y los oÃ¡-dos a cualquier roce en la cajonera, la boca entreabierto como a media mordida. Un simio al acecho. Se fija en los vellos erizados de mis brazos. SonrÃ¡-e. Â¿El cazador de mamuts tiene frÃ¡-o?, se burla.

Â Â Â Â Â Â¿DÃ³nde me pongo? Me indica que en el mero umbral, como portero de hockey, que bloquee el paso de la rata, que me ponga cabrÃ³n, que hay que dejarla bien cadÃ¡ver antes de que llegue Susana. Va. Me planto. Â© se yergue y se concentra. Los ninjas de las pelÃ¡culas y sus katanas se quedan pendejos comparados con MatÃ¡-as, su palo y su gesto de encabronamiento que hasta asusta. Como si se estuviera transformando en un ruco de esos amargados que estÃ¡n emputados todo el tiempo y maldicen por cualquier madre. Ha de estar bien culero que una rata con sus patas asquerosas y sus pelos llenos de porquerÃ¡-a se pasee en la ropa de la hija de uno. Â© da un golpe en la cajonera para tantear. Se escucha un frotamiento choncho en la parte del fondo. Seguro que el animal estÃ¡ en el cajÃ³n de hasta abajo, o en el segundo. AllÃ¡- se oyÃ³, gÃ¼ey. Asiente, se agacha y pone la mano en la manija del Ãºltimo cajÃ³n. Vivo, gÃ¼ey, advierte y me mira como queriendo dejarme fijo en mi lugar con la pura vista.

Â Â Â Â Â Da el tirÃ³n. La cajonera se abre y brinca una puta ratota. Es como del tamaÃ±o de mi antebrazo sin contar la cola. MatÃ¡-as la esquivo, le gana el miedo o el asco, porque bien que la pudo haber descontado de un manazo. La rata venÃ¡a derecho para el otro cuarto, pero me vio y se detuvo. De buenas que nos tocÃ³ asustadiza y no feroz, porque estÃ¡ grande la culera. En el segundo que calculo si le tiro un pisotÃ³n o un palazo, MatÃ¡-as se convierte en guerrero ancestral. Se da la vuelta. Grita igual que samurÃ¡ji poseÃ¡-do y tira un tajo descendente con el arma como si esgrimiera un sable. El aullido paraliza al animal y a mÃ¡-. El palo se estrella a medio lomo de la rata y se parte en dos. La bestia chillaba y quiere huir hacia abajo de la cama, pero antes de que pueda dar dos brinco MatÃ¡-as se deja ir sobre ella con la punta trozada que le quedÃ³ en la mano y le apuÃ±ala el cuerpo. Pinche precisiÃ³n depredadora. La rata emite otro chillido mÃ¡s doloroso; los puntos negros de los ojos se le botan. El Primate repite el estacazo dos, tres, cuatro veces. La rata patatea. MatÃ¡-as grita Â¡Putal!, Â¡muÃ©rete! La rata enseÃ±a la lengua entre sus incisivos; la orilla puntiaguda de la madera se pinta de sangre y se va achatando a cada madrazo contra el cadÃ¡ver, contra el suelo. Â¡Mi niÃ±a, culera!, Â¡mi hija!, dice por fin en los Ãºltimos golpes. Resuella, suda; los mÃºsculos y las venas botadas del cuello se le van destensando, como si hubiera luchado a muerte y mano a mano contra una presa mayor.

Â Â Â Â Â Levanta la vista y me ve. Se acuerda de que estoy aquÃ¡-, en el cuarto; se levanta. PerdÃ³n, dice, es que... no sabes lo que es que un pinche animal ponga en riesgo a tu hija... Me acerco, poso una mano en su hombro. No tienes

nada que explicar, gÃ¼ey, me dan ganas de abrazarlo, pero estarÃ-a raro, Â¿dÃ³nde hay un recogedor?, pregunto. Responde que en la entrada. Voy por Â©; MatÃ-as mira a la rata, nomÃ¡s la mira.

Â Â Â Â Â Paso sobre la ropa de Â©, sobre el desorden de la sala, junto a la cocinita que huele a comida vieja. Quisiera decir al cabrÃ³n que cÃ³mo no se le van a hacer animales si no limpia... mejor al rato me ofrezco para ayudarlo a levantar este desmadre. Abro la puerta, junto a la entrada estÃ¡n la escoba y el recogedor. Me asomo. A medio patio siguen las vecinas su plÃ¡stica sentadas en el escalÃ³n. No han de tener nada que hacer. Me saludan con la mano; en la jeta se les ven las intenciones de echar chisme, como hace dos semanas que nos las topamos mi jefa y yo en el tianguis.

Â Â Â Â Â No las pelo. Entro de nuevo y agarro una bolsa de plÃ¡stico que hallo tirada. Voy al cuarto. El cajÃ³n vacÃ-o sigue abierto. MatÃ-as ve a la rata. Hipnotizado. Como si le preguntara cosas con la mente y el cadÃ¡ver le respondiera desde sus bigotes tiesos. Le rompo el hechizo al barrer al animal; evito mirar el cadÃ¡ver, me da un asco bien cabrÃ³n su cara explotada, los pelos gris claro de la panza, la cola pelona. La echo en la bolsa; el estÃ³mago se me quiere exprimir. Voy a tirarla al basurero del mercado, digo. Gracias por venir, carnal, responde. Ya sabes, cuando quieras. Me doy la vuelta y camino hacia afuera. Me detengo a media sala-comedor. Oye, le digo sin mirarlo, si quieres regreso y te ayudo a recoger... para que cuando llegue la niÃ±a estÃ© arreglado. Siento sus ojos fijos en mi espalda. Me quedo quieto, mejor no encararlo para que no me lea el gesto; desde morritos nos entendemos hablando poco; para el fucho, para las escondidas, para encubrir nuestras travesuras o nuestros dolores, seguro asÃ- le hacÃ-an los que cazaban mamuts. Va, carnal, acÃ¡ te espero, cede al fin.

Â Â Â Â Â Salgo sin recoger mi mochila. Igual tengo que regresar, a ver si MatÃ-as quiere hablar conmigo. En el patio siguen las viejas. Â¿Quieren ver una ratota bien muerta?, les digo, alzo la bolsa y troto hacia ellas. Corren despavoridas a sus viviendas y cierran las puertas. DeberÃ-a dejarles el bulto enfrente de sus casas a ver si asÃ- se ponen a hacer algo de provecho... O bueno, tampoco hay que ser culÃ©i, tan inÃ³tiles no son. De no ser porque me las topÃ© en el tianguis, no sabrÃ-a que hace un mes que la Susana se fue y se llevÃ³ a la niÃ±a.